

DOSSIER ARTÍSTICO



MUJERES CARACOLES

Una obra de teatro inmersivo y testimonial

Producida por la Asociación In Género e interpretadas por personas que ejercen prostitución y sobrevivientes de la trata de seres humanos con fines de explotación sexual.

Introducción

MUJERES CARACOLES no es simplemente una obra de teatro. Es un espacio de memoria viva, una apuesta política, una experiencia estética y un acto colectivo de reparación. Concebida como una obra inmersiva, testimonial y profundamente humana, su origen no se encuentra en una



dramaturgia tradicional ni en un texto literario, sino en las vidas reales de quienes la protagonizan: personas que ejercen la prostitución o han sido víctimas de trata con fines de explotación sexual. Desde esos márgenes, sociales, económicos, culturales, emerge una propuesta escénica cargada de verdad, emoción y denuncia.

El título, **"Mujeres Caracoles"**, condensa la esencia del proyecto: mujeres que, como los caracoles, caminan por el mundo llevando su casa, su historia, su dolor y su esperanza sobre la espalda. No tienen un lugar fijo, pero portan consigo un mundo entero. Migrantes, desplazadas, invisibilizadas, cada una con una maleta real o simbólica, que contiene heridas, resiliencias, duelos y deseos. La metáfora del caracol es, al mismo tiempo, poética y política: habla de la lentitud obligada, del desplazamiento continuo, de la autoprotección, pero también de la constancia, la memoria y la dignidad de avanzar.

Esta obra nace del proceso prolongado del taller **"Mi vida es puro teatro"**, una iniciativa de creación artística-terapéutica impulsada por la **Asociación In Género** y financiada por el **Distrito Centro del Ayuntamiento de Madrid**. Durante cuatro años, este espacio se convirtió en un taller de reconstrucción personal y colectiva, donde el teatro funcionó como una herramienta de empoderamiento, sanación y visibilización. Las personas que participaron no se propusieron convertirse en actrices o actores profesionales, sino en narradoras de sus propias vidas, en cuerpos y voces que ya no quieren ni pueden permanecer en silencio.

El proceso ha sido profundamente cuidado, colectivo y ético. No se trató de utilizar las experiencias de las participantes como materia prima artística para que otros las interpreten, sino de crear con ellas, desde ellas y para ellas. Desde el inicio, el enfoque ha sido participativo: las decisiones dramatúrgicas, escénicas y simbólicas han sido el resultado del diálogo constante entre las

personas y el equipo artístico. Esta horizontalidad ha permitido que la obra no solo sea una representación, sino un testimonio encarnado y transformador.

Lo que emerge en escena es un tejido de historias que se entrecruzan: migraciones forzadas, violencia de género, explotación, discriminación, pero también redes de apoyo, estrategias de supervivencia, maternidades, pequeños actos de alegría y sueños que se resisten a morir. Las mujeres-caracol no solo hablan de su pasado: interpelan al presente. Rompen el estigma de la "prostituta-víctima" y reclaman ser vistas como sujetas complejas, con agencia, con contradicciones, con derecho a narrarse y ser escuchadas desde su propia voz.

En un contexto donde el debate sobre la prostitución y la trata suele estar marcado por la polarización, el simplismo o la instrumentalización, esta obra ofrece un espacio alternativo: un lugar donde no hay respuestas fáciles, pero sí una invitación urgente a la escucha. Porque más allá de los posicionamientos ideológicos, hay vidas concretas, historias de carne y hueso, existencias atravesadas por múltiples violencias estructurales. "Mujeres Caracoles" no pretende ofrecer una tesis, sino provocar una experiencia: una vivencia escénica que abra preguntas, que conmueva, que cuestione los prejuicios y que active una mirada más humana, más política y más empática.

El dispositivo escénico es **inmersivo**, porque rompe la cuarta pared y busca generar una cercanía radical entre público y protagonistas. Quien asiste no lo hace como mero espectador, sino como testigo



implicado. La obra se articula en escenas fragmentadas, no lineales, donde cada momento construye una parte del relato coral. No hay una historia única, porque no hay una única forma de vivir, resistir o sobrevivir a la prostitución o la trata. Lo que hay son múltiples voces, a veces en contradicción, pero unidas por el deseo de ser reconocidas en su singularidad y su dignidad.

Desde un punto de vista artístico, la obra combina elementos del **teatro documental, la performance, el biodrama y la instalación**. Se recurre a objetos reales, textos autobiográficos, imágenes personales, música, proyecciones y elementos simbólicos que amplifican el relato y permiten que la obra opere en varios niveles: emocional, poético, político y comunitario. Todo

está atravesado por una estética del cuidado, donde el dolor no se exhibe, sino que se transfigura en arte.

"Mujeres Caracoles" es también un gesto de resistencia ante el olvido. Porque en una sociedad que prefiere no ver lo que duele o lo que incomoda, estas mujeres deciden mostrarse. No por obligación, sino por elección. Y al hacerlo, recuperan el control sobre su relato. Ya no son las "protagonistas de una tragedia ajena" narrada por otros: son los y las autoras y actrices de su propia historia.

Este dossier nace con el objetivo de ampliar la comprensión de lo que implica este proyecto, tanto desde el punto de vista artístico como social y político. A lo largo de sus secciones, se desgranarán los orígenes de la obra, los fundamentos metodológicos del proceso de creación, los principios éticos



que lo sustentan, el impacto que ha tenido en las vidas de las participantes y en el público, así como las perspectivas de futuro que el colectivo se plantea. En definitiva, "Mujeres Caracoles" no solo es una obra de teatro: es una experiencia de transformación. Una experiencia que empieza en el cuerpo de unas mujeres que decidieron no callar más, pero que no termina en ellas. Porque quien asiste, quien escucha, quien se deja tocar por estas historias, ya no vuelve igual. En esa transformación compartida reside el poder profundo del arte comunitario, del teatro como acto político y del testimonio como semilla de justicia.

2. SINOPSIS

Mujeres Caracoles es una obra de teatro inmersiva, testimonial y coral que irrumpe en la escena contemporánea con una propuesta radicalmente honesta, incómoda y profundamente humana. No es una ficción construida desde la imaginación, sino un acto de verdad escénica



creado y protagonizado por personas reales: mujeres cis y trans, hombres y personas no binarias que han vivido en primera persona experiencias de prostitución o de trata con fines de explotación sexual. Cada voz que se alza en esta obra lo hace desde una herida abierta, desde una memoria viva y desde un deseo inquebrantable de narrarse y resistir.

La obra se articula en forma de recorrido, rompiendo con la estructura tradicional del teatro frontal. Aquí el público deja de ser un observador pasivo y se convierte en un testigo implicado. Se le invita o se le desafía a recorrer distintos espacios, a escuchar testimonios de cerca, a cruzar miradas, a decidir si se acerca o se aleja, si permanece o huye. Esa implicación no es anecdótica: es una apuesta política que busca interpelar al cuerpo, a la sensibilidad y a la responsabilidad de quien asiste. *Mujeres Caracoles* no se contempla: se vive.

Desde lo escénico, la obra se presenta como un collage de escenas fragmentadas que, juntas, construyen un relato coral de gran potencia. No hay una línea argumental única, sino una multiplicidad de voces, tiempos y lenguajes que se entrelazan: escenas íntimas, monólogos desgarradores, momentos poéticos, irrupciones performativas, instantes de humor ácido y reflexiones profundas. Cada secuencia emerge desde la experiencia real de sus protagonistas y encuentra su forma mediante un proceso colectivo de creación escénica. La dramaturgia, así, se convierte en una herramienta de autorrepresentación.

Las escenas nos hablan de muchas cosas: de la migración forzada, de la maternidad en condiciones de vulnerabilidad, del dolor del desarraigo, de la violencia sexual, del racismo, de la pobreza, pero también del amor, del deseo, de la fuerza de los vínculos, de la esperanza y de la dignidad. Cada testimonio es único, pero todas las voces resuenan en un mismo grito de resistencia: “no

somos lo que dicen de nosotras".
Mujeres Caracoles es, sobre todo, un acto de reapropiación de la palabra, del cuerpo, de la mirada y del relato.

A través de recursos escénicos mínimos pero potentes; una maleta, una silla, una fotografía, un vestido, una canción, la obra construye una poética de la verdad y de la memoria. Los objetos que aparecen en escena no son elementos



simbólicos sin más: son fragmentos reales de vidas reales, piezas de una historia personal y colectiva que se reconstruye ante los ojos del público. Cada elemento, cada gesto, cada palabra está cargada de un valor emocional y político.

La metáfora del caracol, que da nombre a la obra, aparece como hilo conductor de toda la propuesta. Como los caracoles, las personas en escena han tenido que llevar su historia a cuestas, mudarse de lugar en lugar, protegerse dentro de sí mismas, construir su hogar en lo posible. Son cuerpos en movimiento constante, cuerpos marcados por el desplazamiento, pero también por la capacidad de adaptarse, de resistir, de seguir adelante. La maleta que muchas de ellas arrastran en escena no es solo un objeto escénico: es una extensión de su biografía, un refugio, una carga y, a veces, una esperanza.

¿Qué significa vivir llevando tu vida a cuestas? Esa es una de las preguntas que atraviesa la obra. Y con ella, otras igual de incómodas: ¿Quién tiene derecho a contar su historia? ¿Qué vidas se consideran dignas de ser representadas? ¿Qué relatos quedan fuera de la memoria oficial? ¿Cómo se construyen los estigmas y desde dónde se pueden romper? ¿Puede el teatro ser un espacio de justicia simbólica?

En *Mujeres Caracoles*, las respuestas no llegan en forma de discurso cerrado, sino como una experiencia que incomoda y emociona. El espectador se ve interpelado no solo como sujeto político, sino también como ser humano. No hay una denuncia explícita ni una conclusión moral, pero cada escena deja huella. En su conjunto, la obra se convierte en una suerte de ritual contemporáneo, donde la verdad no se representa: se encarna.

Uno de los ejes más poderosos del montaje es el juego constante entre realidad y ficción, entre escena y vida. Las protagonistas no interpretan personajes: se

interpretan a sí mismas. Pero eso no significa que no haya trabajo actoral, sino que el acto de representar se convierte en un acto de afirmación, de transformación, de resignificación. Al decir “yo” en escena, cada persona se reapropia de su narrativa y se libera, en parte, del peso del estigma.

Desde un punto de vista formal, la obra combina elementos del teatro documental, la performance, el biodrama y el teatro comunitario. No hay un texto fijo, sino un dispositivo escénico flexible que se adapta a cada espacio y a cada grupo de intérpretes. El carácter inmersivo no es un efecto estético, sino una decisión política: busca romper con la comodidad del espectador tradicional y obligarlo a involucrarse, a moverse, a elegir. En este sentido, el recorrido espacial de la obra funciona como una metáfora del propio camino que cada persona en escena ha tenido que transitar.

La pluralidad de voces es otro de los grandes valores de *Mujeres Caracoles*. No hay un perfil único, ni una única forma de vivir la prostitución o la trata. Algunas personas narran su experiencia



desde el dolor más profundo; otras lo hacen desde la ironía o la ternura. Algunas aún están en proceso de sanar; otras han hecho del teatro un lugar de reparación. Esta diversidad impide caer en los estereotipos que suelen acompañar estos temas y permite mostrar la complejidad de cada historia, de cada cuerpo, de cada vida.

La música, el canto, los silencios, la luz y la palabra se entretajan para crear una atmósfera íntima y vibrante. A ratos, la escena parece un confesionario, a ratos un campo de batalla, a ratos un santuario. Lo que permanece en todo momento es el deseo de ser vistas, escuchadas, reconocidas. No desde la compasión ni desde el morbo, sino desde la dignidad.

El impacto emocional de la obra es innegable, pero su valor va más allá de la emoción. *Mujeres Caracoles* es también una herramienta pedagógica, una plataforma de denuncia, una apuesta estética y un modelo de creación colectiva con fines de transformación social. Ha sido pensada como una obra que puede y debe circular en espacios diversos: teatros, centros culturales, jornadas académicas, espacios de formación, instituciones públicas, foros feministas,

encuentros comunitarios. Porque su mensaje interpela a todos los sectores de la sociedad.

En definitiva, *Mujeres Caracoles* es una experiencia escénica que transforma tanto a quienes la crean como a quienes la reciben. Una obra que nace del dolor, pero florece en forma de resistencia. Una invitación a mirar de frente lo que normalmente preferimos no ver. Y sobre todo, un acto de amor radical: hacia una misma, hacia las demás, hacia la vida que persiste incluso cuando parece imposible.

Una experiencia transformadora

La función no termina cuando se apagan las luces. *Mujeres Caracoles* concluye con un espacio de convivencia y diálogo horizontal entre protagonistas y público. Se ofrece un pequeño picoteo: comida sencilla, café, té, fruta. Este momento distendido no es un añadido, sino parte esencial del dispositivo escénico. Es el espacio donde se desmonta la ficción, se comparten emociones, se hacen preguntas, se rompe el tabú.

Aquí no hay una sesión de preguntas y respuestas. No se trata de explicar, justificar o dar lecciones. Se trata de estar, de escuchar, de mirar a los ojos. Muchas personas del público confiesan que esta parte es, para ellas, la más impactante. Porque es aquí donde entienden que lo que han visto no es solo una obra, sino una vivencia encarnada. Una verdad que respira, que se siente a su lado, que les ofrece una taza de café.

3. LOS PERSONAJES

Personajes de *Mujeres Caracoles*



Los personajes de *Mujeres Caracoles* no son construcciones ficticias ni representaciones simbólicas: son cuerpos y voces reales que se alzan desde las experiencias vividas para construir una narrativa colectiva de resistencia, dignidad y memoria. Cada uno de ellos ha transitado por caminos marcados por la prostitución, la trata, la migración forzada o la exclusión. Desde sus singularidades mujeres cis, mujeres trans, hombres y personas no binarias comparten sus historias con el público como acto de reparación y como herramienta política. A continuación, presentamos a cada uno de ellos, sus trayectorias, sus contradicciones, sus heridas y sus anhelos.

Luz

Mujer trans de 75 años. Para sus seres queridos, ha sido madre y abuela; para la administración, padre y abuelo. En escena, Luz aparece como un ser frágil y poderoso, lleno de memorias que la atraviesan como cicatrices. Abandona momentáneamente la residencia de ancianos donde vive para compartir con el público cómo fue víctima de trata —una realidad que descubrió muchos años después, cuando dejó de estar agradecida con quienes “la ayudaron” a venir a España.

Ejerció la prostitución en la Casa de Campo durante décadas, escapando de la policía, evitando ser detenida por no tener papeles. En su relato, la nostalgia se entrelaza con la dureza: nunca vio crecer a sus hijos, no pudo despedirse de su madre. Aferrada a un viejo álbum de fotos y con música de fondo, se pregunta si

todo valió la pena. Luz es la memoria viva de una época silenciada y un símbolo de resistencia transgeneracional.

Andrés

Joven, apuesto y soberbio, Andrés ha aprendido a usar su belleza como arma y como refugio. En su país de origen fue empresario, emprendedor, soñador. Pero el amor —o lo que creyó que era— lo arrastró a la ruina. Su historia está marcada por la violencia sexual infantil, el abandono materno y el rechazo paterno: “si no fueras marica, no te hubieran violado”, le dijo su padre.

En España, bajo la luz de la luna, cuestiona a sus amigos blancos y regulares que lo juzgan por no creer en el amor. Ahora usa su encanto para seducir, para obtener, para sobrevivir. Tiene un cliente estable que le compra joyas. Durante 90 minutos apaga las aplicaciones de citas y abre su corazón al público. Andrés es carisma y furia contenida, belleza rota, un espejo de los afectos heridos y de la masculinidad queer en lucha por su dignidad.

Angelita

"Angelita de día, Angelita de noche"

Angelita llegó a España huyendo del infierno. En Honduras, ser una mujer trans era casi una sentencia de muerte. Creció viendo cómo asesinaban a sus compañeras por existir, mientras las autoridades miraban a otro lado y los hermanos de las víctimas sonreían, aliviados de haber “limpiado la vergüenza”. Solo lloraban las madres. Siempre las madres.

Soñaba con ser peluquera, con transformar cabellos en arte. Pero en Europa no encontró el sueño: no tenía papeles, ni derechos, ni opciones. Solo su cuerpo. Y cuando no hay nada, el cuerpo se convierte en moneda. Terminó ejerciendo la prostitución. En el polígono MARCONI Lugar que abandona todas las noches para contar a los espectadores su verdad, en su lugar deja una silla y un letrero donde deja su teléfono y la hora que tienen pensado volver, nadie toca ese puesto pues Angelita es de armas tomar.

Cuando mandaba dinero, su familia la llamaba Angelita. Pero si no podía enviar nada, volvía a ser “el maricón de mierda”. Solo su madre la amaba sin condiciones: “Vos sos mi Angelita de día y mi Angelita de noche”, le decía, reconociendo a la hija valiente detrás del maquillaje.

Un día, un hombre la miró distinto. Sin morbo, sin burla. Le habló como a un ser humano. Le ofreció un café, no sexo. Angelita tembló. No estaba acostumbrada a la ternura. Aquel gesto la hizo llorar después, en silencio, frente al espejo.

Porque Angelita no quería solo sobrevivir. Quería vivir.

Enrique

No se identifica con las etiquetas binarias. Si fuese mujer, se llamaría Amelia, dice. Pero no quiere ser mujer ni que se le note que es “marica”. May es astuto, feroz, lector de libros, y carnicero certificado gracias a un curso de la organización. No hablará de su pasado reciente, sino de sus comienzos: de cuando con 12 años dejó su pueblo en Colombia y se fue solo a Cali, con una maleta y una foto de su primera comunión.

May no conoce el miedo: “Ya he pasado de todo”, dice. Ha dormido en camas improvisadas con cartones y ha sobrevivido a entornos donde “las papas queman”. Su escena es un monólogo de inteligencia aguda, resistencia y dignidad, construido sobre una vulnerabilidad que apenas deja asomar entre líneas. A veces llora en los ensayos, pero en escena ríe, se recompone y sigue. Está de paso, pero mientras, deja huella.

Luna

Mujer migrante, víctima de trata. Abandona por un rato el centro de acogida donde vive desde que, con ayuda de la organización, logró escapar de la red que la explotaba. Aceptó formar parte de la obra con una condición clara: su escena debía desarrollarse en completa oscuridad, para que el público sintiera, aunque sea por unos minutos, el miedo constante que la acompañó durante dos años.

Desde las sombras, Lina relata cómo fue captada, engañada, vendida. Cuenta cómo, gracias al apoyo psicológico, entendió que no era tonta, ni culpable, sino víctima. Y que los verdaderos culpables eran quienes se presentaban como sus salvadores. Lina habla sin adorno, sin consuelo, pero con una fuerza que transforma el dolor en memoria viva y política.

Silvina

Deja por un rato su hotel de lujo, donde ejerce la prostitución de forma voluntaria, o al menos, esa es su versión. Su única condición: que las funciones no coincidan con partidos en el Bernabéu, porque esos días son “de mucho trabajo”. Habla con elegancia y picardía. Hace pausas dramáticas cuando menciona a algunos de sus clientes famosos, pero nunca da nombres: se rige por un “código ontológico”.

Julieta no se detiene en las miserias ajenas. Lo suyo es el deseo, pero el deseo que anhela también para sí: que alguien la ame con o sin peluca, que la saque

a bailar un vals, que la invite a un café en la Gran Vía sin esconderse. Abre su escena con la canción "*Soy lo prohibido*", pero sueña con dejar de serlo. No quiere ser solo un cuerpo deseado. Quiere amor. Quiere ser feliz. Y no cree que sea mucho pedir.

Porcelana

Patricia viene desde un chalet de lujo donde ejerce con otras doce compañeras. Tiene claro su objetivo: desmontar el mito de la "solidaridad entre putas". Con ironía filosa y lucidez brutal, retrata la soledad, la competitividad y la máscara de felicidad constante que se impone en muchos espacios del ejercicio de la prostitución.

Ella lo dice sin rodeos: "Aquí nadie confía en nadie. Aquí todas nos cambiamos el nombre, la piel y la historia." Son Silvina, Porcelana, Sandra. No son personas con problemas, por eso no son "vivas". Escuchan, asienten, no opinan. ¿Qué persona hace eso? "Solo nosotras, las envidiosas o las supervivientes." Patricia representa la voz cruda de una realidad que no busca empatía sino conciencia. Lo hace por su hijo, por su madre enferma, por los estudios de su niño. Y también por sus "lujitos", porque también tiene derecho al deseo.

Los personajes de *Mujeres Caracoles* no son meros testigos ni víctimas. Son narradores y narradoras activas, cuerpos presentes que reclaman su lugar en la memoria colectiva. Sus historias desafían al espectador, lo interpelan, lo obligan a mirar de frente las violencias estructurales y a imaginar otros mundos posibles. En su diversidad y contradicción, nos recuerdan que la dignidad no es un privilegio, sino un derecho.

4. FICHA ARTÍSTICA Y TÉCNICA

Dirección y dramaturgia: Rubén Bustamante Coque y David Ortega

Producción General: Asociación In Género

Guion: Basado en testimonios reales, adaptados junto a los protagonistas

Intérpretes: Personas que ejercen prostitución y supervivientes de trata y otras violencias

Diseño de escenografía: Espacios múltiples e itinerantes

Duración: 55 minutos

Formato: Inmersivo, adaptable a espacios no convencionales o salas de teatro flexibles

5. SOBRE LA ASOCIACIÓN IN GÉNERO

La Asociación In Género es una organización sin ánimo de lucro fundada en 2005, cuyo propósito fundamental es la defensa y promoción de los derechos

humanos de las personas que ejercen la prostitución y de aquellas que han sido víctimas de trata con fines de explotación sexual. Su intervención se desarrolla desde un enfoque integral, feminista, interseccional y de derechos, poniendo especial atención en las mujeres en situación de mayor vulnerabilidad social, sanitaria y legal.

Desde su nacimiento, In Género ha apostado por una mirada libre de juicios morales, centrando su acción en las realidades diversas que atraviesan a las personas en contextos de prostitución y trata. Lejos de imponer discursos homogéneos, la asociación escucha, acompaña y respeta la autonomía de cada persona, considerando sus trayectorias vitales, sus decisiones y sus circunstancias personales, migratorias o económicas.

Con sede principal en Valdepeñas (Ciudad Real), In Género tiene presencia activa en seis comunidades autónomas del territorio español. Su trabajo se desarrolla tanto en entornos urbanos como rurales, y en contextos especialmente invisibilizados, como polígonos industriales, pisos particulares, clubs, hoteles o zonas de calle, donde muchas veces el acceso a derechos básicos se ve restringido o directamente negado.

En 2024, la asociación ha acompañado a más de 9.000 personas, ofreciendo atención directa y continuada, así como recursos de contención, empoderamiento y salida de situaciones de violencia, explotación o extrema precariedad. La labor de In Género se articula a través de diferentes líneas de acción:

Atención social y sanitaria integral

La asociación ofrece orientación y acompañamiento en el acceso a recursos sociales y sanitarios, incluidos servicios de salud sexual y reproductiva, atención primaria, planificación familiar, pruebas rápidas de VIH y otras infecciones de transmisión sexual (ITS), así como información sobre anticoncepción, autocuidado y prevención.

Asesoramiento jurídico y acompañamiento psicológico

Muchas de las personas atendidas por In Género desconocen sus derechos o no saben cómo ejercerlos. Por ello, la asociación cuenta con profesionales del derecho que informan y asesoran en temas de extranjería, regularización administrativa, asilo, violencia de género, trata o procedimientos judiciales. Asimismo, un equipo de psicología brinda contención emocional, terapia individual y grupal, y apoyo en procesos de recuperación tras experiencias traumáticas.

Inserción sociolaboral y mediación

Con el fin de generar alternativas sostenibles para quienes desean dejar el ejercicio de la prostitución o salir de redes de trata, In Género desarrolla programas de inserción laboral, formación profesional, cursos de capacitación, alfabetización digital, orientación al empleo y mediación con empresas. Se trata

de un acompañamiento individualizado y progresivo, que tiene en cuenta el punto de partida de cada persona.

Educación, sensibilización e incidencia

In Género también realiza campañas de sensibilización, jornadas formativas y actividades de prevención dirigidas a adolescentes, jóvenes, profesionales y agentes comunitarios. La asociación colabora con instituciones públicas y privadas para fomentar entornos libres de estigma, racismo, transfobia y violencia estructural. Además, participa en redes de incidencia política para la mejora de las políticas públicas en materia de trata, prostitución, migración y salud sexual.

Innovación y herramientas digitales

Una de las apuestas más recientes de la asociación ha sido el desarrollo de la app *Nosotras*, una herramienta digital gratuita que permite a mujeres en situación de prostitución o trata localizar en tiempo real recursos de ayuda en su entorno, como centros de salud, oficinas de atención jurídica, organizaciones sociales o albergues. La aplicación ha sido diseñada con criterios de privacidad y accesibilidad, y ha sido reconocida por su innovación social.

Investigación y desarrollo

Con el objetivo de generar conocimiento riguroso y útil para la intervención social, In Género promueve estudios, diagnósticos y publicaciones sobre las realidades de la prostitución, la trata, la migración, el sinhogarismo, la salud mental y las violencias machistas. Su trabajo contribuye a visibilizar fenómenos habitualmente invisibles y a combatir el desconocimiento que alimenta la estigmatización y la exclusión.

Valores y compromiso

La labor de In Género se sostiene sobre cinco pilares fundamentales:

- **Dignidad**, como principio inalienable de todo ser humano, más allá de su situación administrativa, laboral o vital.
- **Justicia**, entendida como la búsqueda activa de equidad y reparación para quienes han sido víctimas de violencias estructurales.
- **Igualdad**, promoviendo entornos libres de discriminación por género, identidad, orientación sexual, origen étnico o condición económica.
- **Respeto**, hacia las decisiones, trayectorias y formas de vida de las personas atendidas.
- **Compromiso social**, reflejado en una intervención constante, profesional y situada, que apuesta por el cambio real y sostenible.

A lo largo de casi dos décadas de trabajo, In Género se ha consolidado como una referencia nacional en la atención a personas en contextos de prostitución y trata, no solo por la calidad de su intervención, sino por su capacidad de tejer

redes, de amplificar voces y de generar espacios donde el arte, la escucha y la transformación social son posibles.

In Género no solo acompaña procesos de salida, también construye puentes hacia una vida digna.

6. SOBRE EL PROYECTO: “MI VIDA ES PURO TEATRO”

“Mi vida es puro teatro” es un proyecto artístico, social y terapéutico impulsado por la Asociación In Género y financiado por el Distrito Centro del Ayuntamiento de Madrid. Nacido en 2020, este proyecto tiene como objetivo ofrecer un espacio seguro, creativo y transformador para personas que ejercen la prostitución o han sido víctimas de trata con fines de explotación sexual, desde una perspectiva de derechos, dignidad, reparación y visibilización.

Durante cuatro años consecutivos, “Mi vida es puro teatro” ha funcionado como un taller de creación escénica en el que sus participantes, mujeres cis, mujeres trans, hombres gay y personas no binarias, han podido narrar y resignificar sus propias vidas a través del arte dramático. El teatro se convierte así en herramienta de expresión, sanación y empoderamiento. No se trata de actuar una ficción, sino de representar lo real: sus historias, sus heridas, sus estrategias de supervivencia y sus sueños. Desde la vivencia directa, desde la voz propia, sin intermediarios ni paternalismos.

El proceso parte de una metodología interdisciplinar que combina el acompañamiento psicosocial con la formación teatral y la escritura autobiográfica. A lo largo de cada edición, las personas participantes se reúnen semanalmente para compartir vivencias, explorar emociones, generar confianza colectiva y trabajar en dinámicas de cuerpo, voz, improvisación, dramaturgia y puesta en escena. El espacio del taller se convierte en un refugio, en una trinchera y en un laboratorio de creación donde lo íntimo se hace político y lo político se convierte en arte.

Uno de los grandes logros de “Mi vida es puro teatro” ha sido la construcción de una comunidad diversa, cohesionada y valiente. A pesar de las múltiples formas de violencia estructural que atraviesan a las protagonistas, racismo, transfobia, homofobia, precariedad, sinhogarismo, exclusión social, estigmatización, el taller ha generado un entorno de sororidad, apoyo mutuo y reconocimiento. Las historias que antes pesaban como una carga se transforman en material escénico compartido, y el dolor encuentra una salida poética, performativa y liberadora.

A lo largo del proceso, las participantes no solo ganan habilidades artísticas como interpretación, presencia escénica, proyección de voz o escritura dramática, sino también herramientas para la vida: confianza en sí mismas, autoestima, capacidad de comunicación, gestión emocional, autonomía y fortalecimiento identitario. Muchas han descubierto por primera vez el poder de

su propia palabra, la legitimidad de su relato y la posibilidad de ser escuchadas sin prejuicios.

De este proceso nace la obra **“Mujeres Caracoles”**, una propuesta de teatro inmersivo y testimonial creada colectivamente por quienes participaron en el taller. Lejos de ser una representación convencional, esta obra invita al público a transitar por distintos espacios escénicos donde se narran historias reales, íntimas y profundamente humanas. A través de escenas cargadas de crudeza, ironía, ternura y verdad, el público se convierte en testigo y a veces en cómplice de una realidad que habitualmente se mantiene en los márgenes.

El impacto del proyecto ha sido profundo y transformador, tanto para las personas participantes como para el equipo técnico y el público asistente a las representaciones. Se han roto silencios históricos, se han combatido estigmas y se ha reivindicado la humanidad, la dignidad y la capacidad artística de quienes muchas veces solo son vistas desde el prejuicio o la lástima.

Además, “Mi vida es puro teatro” ha demostrado que el arte puede ser una herramienta de cambio social cuando se pone al servicio de las personas más invisibilizadas. El teatro aquí no es solo espectáculo: es sanación, es denuncia, es memoria, es resistencia. La escena se convierte en un espacio de verdad donde quienes nunca tuvieron la oportunidad de contar su historia en sus propios términos, por fin la pueden compartir con el mundo.

Este proyecto también ha propiciado un trabajo en red con otros agentes sociales, culturales e institucionales, fortaleciendo el tejido comunitario del Distrito Centro y generando alianzas estratégicas para la continuidad de procesos de inclusión, acompañamiento y sensibilización. Las representaciones teatrales han abierto espacios de diálogo, reflexión y encuentro entre colectivos diversos, superando barreras sociales y generando una mirada más empática, crítica y comprometida por parte de la ciudadanía.

En palabras de las propias protagonistas, “Mi vida es puro teatro” no es solo un taller: es un espacio de vida. Un espacio donde reír, llorar, sanar, crear, ensayar otros futuros posibles. Un espacio donde dejar de ser solo víctimas o supervivientes para ser, ante todo, personas creadoras, actrices, poetas de su propia historia.

Gracias al apoyo del Distrito Centro y al compromiso de la Asociación In Género, este proyecto ha podido sostenerse en el tiempo, ampliando su alcance y profundizando su impacto. A día de hoy, se plantea como una iniciativa de referencia en el uso del teatro social y comunitario como herramienta de transformación individual y colectiva.

“Mi vida es puro teatro” es, en definitiva, una afirmación de vida en medio de la adversidad. Una apuesta por la belleza en los márgenes. Una invitación a escuchar lo que normalmente no se cuenta. Porque el teatro, cuando nace del dolor y se construye desde la verdad, no solo emociona: también transforma.

8. ESPECIFICACIONES TÉCNICAS

- Espacio escénico adaptable: salas con divisiones, espacios no convencionales, teatros con estructura flexible
- Necesidades: Luz ambiental, audio básico (puede adaptarse a espacios sin butacas)
- Número ideal de espectadores: los que el aforo permita
- Duración: 55 minutos (puede haber un coloquio después de la función)
- Requiere visita técnica previa y coordinación para adaptación del espacio
- Idioma: Español
- El lenco necesita tener un ensayo en la sala, para fijar posiciones, luces y tono de voz

9. CONTACTO

Asociación In Género

 C/ Carretas 14 N° 6D 28012 Madrid

 www.ingenero.org

 rmadrid@ingenero.es

 +34 670962616